

Un tiempo para la esperanza

Por P. MARIANO ARROYO
Asesor del MTC

Hay que sembrar la semilla, hay que creer que los pequeños gestos de bondad y de honradez nos educan y abren caminos también para los demás. ¡Ojalá sepamos descubrir ese tesoro escondido en las fiestas que nos esperan!

La Navidad que se acerca, como todos los años y en todos los lugares del mundo, va a despertar toda una serie de tradiciones muy arraigadas en la historia de la humanidad. Para muchos, quizá para la mayoría, no pasará de ser un motivo para poner el árbol en la casa, escuchar unos villancicos y, si la economía lo permite, compartir una mesa un poco más abundante. No hay porqué despreciar ese nivel tan elemental.

Quizá lo hermoso de la Navidad es que ha calado en el corazón del mundo en un abanico muy ancho, desde la alegría compartida y la conciencia difusa de que un mundo nuevo de paz y fraternidad es posible, hasta lo que descubrimos los creyentes cuando ponemos nombre a esa alegría y a esa esperanza en el amor solidario de

Dios que ha venido a visitarnos en el pequeño Jesús.

El ser humano no puede vivir sin esperanza, precisamente, porque su ser más íntimo le lleva a superarse a sí mismo, a querer siempre ser más de lo que puede ser y a soñar sin cansarse.

Pero corren malos tiempos para la esperanza en nuestro mundo y especialmente en nuestro entorno. La situación económica que golpea a tantos, la oscuridad del futuro que nos espera, la corrupción que va convirtiendo en normal lo que nunca fue ni debe ser normal, todo ello va tejiendo un desánimo que se incrusta en las venas de nuestra alma y nos inmoviliza.

La Navidad tendría que ser, una vez más, un motivo para abrir una ventana en la oscuridad, para tomar conciencia de que el ser humano, incluso en las

situaciones más duras, puede romper el círculo de su impotencia y avanzar y, sobre todo, porque sabemos, y este es el principal mensaje de la Navidad, que Alguien está detrás de nuestros sueños y también de nuestras lágrimas.

Alguien que nos invita a empezar desde lo pequeño, desde esa semilla diminuta que contiene en sí toda la planta futura.

La Navidad es una invitación a convencernos de que no es verdad *que no se puede hacer nada*.

Hay que sembrar la semilla, hay que creer que los pequeños gestos de bondad y de honradez nos educan y abren camino también para los demás.

¡Ojalá sepamos descubrir ese tesoro escondido en las fiestas que nos esperan!

△